



CAPITULO V

En el que nuestro autor refiere su prisión, el buen encuentro de un amigo que tuvo en ella y la historia de éste

Después de muchos debates que tuvimos sobre la materia antecedente, le dije á Januario: — Últimamente, hermano, yo te acompañaré á cuanto tú quieras como no sea á robar; porque á la verdad no me estira ese oficio, y antes quisiera quitarte de la cabeza tal tontera.

Januario me agradeció mi cariño; pero me dijo que si yo no quería acompañarlo, que me quedara; pero que le guardara el secreto, porque él estaba resuelto á salir de miserias aquella noche, topara en lo que topara: que

si la cosa se hacía sin escándalo, según tenían pensado él y el Pípilo, á otro día me traería un capote mejor que el que me había jugado, y no tendríamos necesidades.

Yo le prometí guardarle el más riguroso silencio, dándole las gracias por su oferta y repitiéndole mis consejos con mis súplicas; pero nada bastó á detenerlo. Al irse me abrazó, y me puso al cuello un rosario diciéndome:—Por si tal vez por un accidente no nos viéremos, ponte este rosarito para que te acuerdes de mí.—Con esto se marchó, y yo me quedé llorando; porque le quería, á pesar de conocer que era un pícaro. No sé qué tiene la comunicación contraída y mantenida desde muchachos que engendra un cariño de hermanos.

Fuése mi amigo, y yo pasé tristísimo lo restante de la tarde, sintiendo su abandono y temiendo una funesta desgracia. A las nueve de la noche no cabía yo en mí, extrañando al compañero: y al modo de los enamorados, me salí á rondarlo por aquella calle donde me dijo que vivía la viuda.

Embutido en una puerta y oculto á la merced del poco alumbrado de la calle, observé que como á las diez y media llegaron á la casa destinada al robo dos bultos, que al momento conocí eran Enero y el Pípilo: abrieron con mucho silencio; emparejaron la puerta, y yo me fuí con disimulo á encender un cigarro en la vela del farol del sereno que estaba sentado en la esquina.

Luego que llegué lo saludé con mucha cortesía; él me correspondió con la misma, le dí cigarro, encendí el mío, y apenas empezaba yo á enredar conversación con él, esperando el resultado de mi amigo, cuando oímos abrir un balcón y dar unos gritos terribles á una muchacha, que sin duda fué la criada de la viuda:—*¡Señor sereno, señor guarda, ladrones! ¡corra usted por Dios, que nos matan!*

Así gritaba la muchacha, pero muy seguido y muy recio. El guarda, luego luego se levantó; chifló lo mejor que pudo, y echó unas cuantas bendiciones con su farol en medio de las bocacalles para llamar á sus compañeros, y me dijo:—Amigo, deme usted auxilio; tome mi farol y vamos.

Cogí el farol, y él se terció su capotito y enarboló su chuzo; pero mientras hizo estas diligencias se escaparon los ladrones. El Pípilo, á quien conocí por su sombrero blanco, pasó casi junto á mí, y por más que corrió el sereno y yo (que también hice que corría), fué incapaz darle alcance, porque le nacieron alas en los pies. No le valió al sereno gritar:—*¡Atájenlo, atájenlo!* pues aquellas calles son poco acompañadas de noche y no había muchos atajadores.

Ello es que el Pípilo se escapó, y con menos susto Enero, que tomó por la otra bocacalle, por donde no hubo sereno ni quien lo molestara para nada.

Entretanto, llegaron otros dos guardas, y casi tras ellos una patrulla. La muchacha todavía no cesaba de dar gritos en el balcón, pidiendo *un padre*, asegurando que habían matado á su ama. A sus voces acudieron todos y entramos en la casa.

Lo primero que encontramos fué á la dicha muchacha llorando en el corredor, diciéndonos:—¡Ay, señores! un padre y un médico, que ya mataron á mi ama esos indignos.

El sargento de la patrulla con dos soldados, los serenos y yo, que no dejaba el farol de la mano, entramos en la recámara donde había la señora tirada en su cama, la cual estaba llena de sangre, y ella sin dar muestras de vida.

La vista horrorosa de aquel espectáculo sorprendió á todos, y á mí me llenó de susto y de lástima; de susto, por el riesgo que corría Januario si lo llegaban á descubrir, y de lástima, considerando la injusticia con que habían sacrificado aquella víctima inocente á su codicia.

A poco rato llegaron casi juntos el médico y el confesor, á quienes fué á llamar un soldado por orden del sargento, luego que éste desde la calle oyó los gritos de la muchacha.

En cuanto llegaron, se acercó el sacerdote á la cama, y viendo que ni por moverla ni por hablarla se

movía, la absolvió bajo de condición, y se retiró á un lado.

Entonces se acercó el médico, y como más práctico, advirtió que estaba privada, y que aquella sangre era un achaque mujeril. Salímonos á la sala, ya consolados de que no era la desgracia que se pensaba, mientras entre el médico y la moza curaron caseramente á la enferma.

Concluída esta diligencia y vuelta en sí del desmayo, llamó el sargento á la criada para que viera lo que faltaba en la casa. Ella la registró toda, y dijo que no faltaba más que el cubierto con que estaba cenando su ama, y el hilito de perlas que tenía en el cuello; porque luego que uno de los ladrones cargó con ella para la cama, el otro se embolsó el cubierto; y sin ser bastante ó sin advertir á detener á la que daba esta razón, salió al balcón y comenzó á gritar al sereno, á cuyos gritos no hicieron los ladrones más que salirse á la calle corriendo.

Yo estaba con el farol en la mano, desembozado el zarape y con aquella serenidad que infunde la inocencia; pero la malvada moza, mientras estaba dando esta razón, no me quitaba un instante la vista, repasándome de arriba abajo. Yo lo advertí; pero no se me daba nada, atribuyéndolo á que no le parecía muy malote.

Preguntóle el sargento si conocía á alguno de los ladrones, y ella respondió:—Sí, señor, conozco á uno que se llama señor Januario, y le dicen por mal nombre

Juan Largo, y no sale de este truquito de aquí á la vuelta, y este señor lo ha de conocer mejor que yo.— A ese tiempo me señaló, y yo me quedé mortal, como suelen decir. El sargento advirtió mi turbación y me dijo:— Sí, amigo, la muchacha tiene razón sin duda. Usted se ha inmutado demasiado, y la misma culpa lo está acusando. ¿Usted será quizá el sereno de esta calle? —No, señor, le dije yo; antes cuando la señora salió al balcón á gritar, estaba yo chupando un cigarro con el sereno, y nosotros fuimos los primeros que venimos á dar el auxilio. Que lo diga el señor.

Entonces el sereno confirmó mi verdad; pero el sargento, en vez de convencerse, prosiguió:— Sí, sí; tan buena maula será usted como el sereno. ¿Serenos? ¡ah! ahorcados los vea yo á todos por alcahuetes de los ladrones; si éstos no tuvieran las espaldas seguras con ustedes, si ustedes no se emborracharan, ó se durmieran, ó se alejaran de sus puestos, era imposible que hubiera tantos robos.

El sereno se apuraba y juraba atestiguando conmigo que no estaba retirado ni durmiendo; pero el sargento no le hizo caso, sino que preguntó á la muchacha:— ¿Y tú, hija, en qué te fundas para asegurar que éste conoce al ladrón?— ¡Ay, señor! dijo la muchacha; en mucho, en mucho. Mire su *mercé*, ese *zarape* que tiene el señor, es el mismo del señor Juan Largo, que yo lo

conozco bien, como que cuando salía á la tienda ó á la plaza no más me andaba atajando, por señas que ese rosario que tiene el señor es mío, que ayer me agarró ese pícaro del descote de la camisa y del rosario, y me quería meter en un zaguán, y yo estiré y me zafé, y hasta se rompió la camisa; mire su *mercé*, y mi rosario se le quedó en la mano y se reventó; por señas que ha de estar *añidido*, y le han de faltar cuentas, y es el cordón nuevecito; es de cuatro y de seda rosada y verde, y en esa bolsita que tiene ha de tener dos estampitas; una de mi amo señor san Andrés Avelino y otra de santa Rosalía.

Frío me quedé yo con tanta seña de la maldita moza, considerando que nada podía ser mentira, como que el rosario había venido por mano de Enero, y ya él me había contado la afición que le tenía.

El sargento me lo hizo quitar; descosió la bolsita, y dicho y hecho; al pie de la letra estaba todo, conforme había declarado la muchacha. No fué menester más averiguación. Al instante me trincaron codo con codo con un portafusil, sin valer mis juramentos ni alegatos, pues á todos ellos contestó el sargento:— Bien, mañana se sabrá cómo está eso.

Con esto me bajaron la escalera, y la moza bajó también á cerrar la puerta, y viendo que no podía meter la llave, advirtió que el embarazo era la ganzúa que